

**Contestación al discurso de ingreso de
Don Rafael Hernando Luna en la Real Aca-
demia de Córdoba.**

Por Juan BERNIER LUQUE

Excelentísimos e ilustrísimos señores; señores:

Al académico que hoy recibimos, habría que acogerlo, no con palabras, sino con algo más dinámico, más laborioso, como es en suma la respuesta, no al verbo y la palabra, sino a la acción de Don Rafael Hernando Luna, sobre la cara y la entraña de nuestra tierra, en todos sus años dedicado al conocimiento de ella; al esfuerzo del músculo y la atención científica, buceando por la historia geológica provincial y la fenomenología de sus aspectos físicos y estructuras tectónicas, casi milagrosas e inconcebibles. Soy demasiado viejo para responder, en estos años, físicamente, a su verdadero discurso dinámico, que no es otro, sino el de su vida entera, sobre los campos de Córdoba. Pero bien sabe Rafael Hernando, que mientras he podido, he acompañado sus pasos por roquedos y gargantas, por picos, fallas y anticlinales, por cursos de agua o por cursos adivinados de esa gama misteriosa y prometedora de filones metalíferos; que le he acompañado por las estrías del carbón o por los canchales de granito, apaciguados restos del ígneo fuego transformador de viejos paisajes, en las comarcas de nuestra sierra. Ibamos los dos, con la élite de sus alumnos, poseídos de un afán de creación intelectual, en la alegre y deportiva marcha durante decenios, del Seminario Antonio Carbonell, de la Escuela que hoy dirige el mismo pateador de antaño; un Seminario, que enteramente dedicado al estudio de nuestra tierra, puede considerarse como el largo brazo de la investigación de campo, de un Centro en que la ciencia, pura y aplicada, no es simple labor libresca, sino acción directa por todos los azimuts de la desparramada, viva y rememorante, facies histórica de nuestro paisaje y nuestra geología.

Era curioso, en cualquier hallazgo, lo mismo de un dolmen, que el de un mineral de uranio, esa simbiosis entre la historia humana de la

tierra que yo estudiaba, y la historia más eterna del paisaje y los fenómenos geológicos, a que ellos preferentemente se dedicaban. La consecuencia en el paisaje espléndido de nuestra serranía era el que profesores y alumnos uníamos las dos facetas de las ciencias humanas y de las ciencias de la Naturaleza. La conciencia de tiempo, la humanística trazazón de la Historia, se podía aplicar a lo orgánico y a lo inorgánico y para la ciencia, una, tan importante era la pieza achelense de las terrazas del arroyo San Pedro, en Fuenteovejuna, como las grandes diaclasas que formaban cuevas, en la cumbre de Peña Ladrones, del término de Belmez. Porque adivinábamos cómo el hábitat se plegaba, se compaginaba, con esas llanuras húmedas, llenas de caza, hace cuatrocientos mil años, o esas habitaciones aprovechadas hace seis mil, por los hombres del neolítico. Curioso también, que, con una visión dada por los hechos, no discutíamos ninguna teoría del progreso, porque más bien creíamos en la evolución y la regresión de los fenómenos humanos y geológicos. Pero sin discutir, nos emocionábamos profundamente con la trama de vida que la ligazón entre lo orgánico y lo inorgánico, nos daba el simple hallazgo, de un hacha o un cuchillo de sílex.

La personalidad de Hernando Luna, lleno de atención científica por todo lo vivo y todo lo muerto, tenía, sobre todo, el aspecto sobresaliente del equilibrio mental, y un maravilloso optimismo, del que yo participaba, al considerar que más bien era aparente lo muerto y que realmente, con ayuda de la memoria, sólo nos rodeaban (abiertos y escenificados, ante nuestra pupila) las manifestaciones de un mundo espléndidamente vivo, abierto, sobre todo, a la poesía y la magia de lo desconocido.

Y yo, después, cuando consideraba esta soledad del grupo que formábamos sobre la inmensa extensión, relativa, de la tierra de Córdoba, recordaba que si en Holanda hay un geólogo por cada cien hectáreas, en España, el descuido por esta tierra donde vivimos, hace que esté encomendada a muy pocos, el estudio de la base sustentativa sobre la que pisamos y vivimos, y que en esta Andalucía, de miles de hectáreas de pan y de elementos energéticos, la técnica de la agricultura y de otras actividades, haya sido llevada a cabo, casi siempre, en un juego de adivinanzas y refranes, de aperadores. La Escuela Universitaria de Minas de Belmez, ha sido, desde el principio, la institución pionera de la investigación geológica en la provincia de Córdoba, en la que desde el siglo XIX ha durado, en muchos aspectos, hasta el siglo veinte. Y vuelvo a insistir en un consejo y una consideración, sobre los aspectos de la ciencia, en la época actual; tiempos en los que al lado de una labor seria, lenta, pero

firme, de investigación metodológica, vemos la aparición, (en las ciencias humanas y en las de la Naturaleza), de tratar los temas como un folklorismo y una ligereza, que indigna al hombre verdaderamente científico. Esa historia que hoy se escribe, arropada en criterios políticos de autonomías o nacionalismo, esa invasión de popularismo, que convierte tratados de historia, incluso de ciencias geográficas, en compendios puramente periodísticos, no es la de la institución que tratamos, ni la de Rafael Hernando. El científico se calla y no llega a conclusiones antes de una visión exhaustiva o una experimentación de los fenómenos, que no esté influida por corrientes de oportunismo o de falsa publicidad. La labor de Rafael Hernando, desde las minas del Cabril, en la Sierra Albarrana; sus cientos y cientos de salidas, sus miles y miles de análisis fosilíferos del carbón; sus análisis del rumbo de las vetas metalíferas en el Valle de los Pedroches, forman un basamento, llamémosle eufemísticamente, de granito. También él fregó probetas, trabajo vil, que hoy desprecian los becarios de la Universidad; también él, como un peón, bajó con su casco y su carburo, donde la sucia carbonilla era la ceniza de un mundo vivo, que miles de siglos habían fosilizado. El señoritismo español no era con él, como no va con todo el que es consciente de que el mundo es trabajo y de que, sin esfuerzo, sólo podemos conseguir la indignidad y la vagancia. Esa dignidad del trabajo de las manos, está siempre unida a las más altas posibilidades de la técnica, la cultura y el arte. Pero hay otra cosa más. En la sociedad moderna, marcada por el puro materialismo, lo mismo en los países capitalistas, que en los países llamados socialistas, se desprecia todo esfuerzo que no esté medido con el dinero. Pero, sin embargo, vemos, cómo por entre esa masa que cuenta las monedas, surgen personalidades y genios, que de pura generosidad, se hacen grandes, dentro de la miseria. Recordemos que Gaugin se moría de hambre y que Cajal mendigaba un sueldo. Pero estos y otros, tenían en sí encendido un «hobby», un fuego vital, que está por encima de cualquier desaliento.

Al lado, pues, de un ambiente generalmente desolador en profesores, estudiantes o investigadores falsos, y puramente de nómina, se encuentran otros, que nos dan la misma lección, con que Rafael Hernando nos deleitó hoy. Hernando ha hablado sobre la figura de Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, en Córdoba, donde sólo hasta que muere un poeta, un investigador o un sabio, se le conoce, Antonio Carbonell, representó, con naturales limitaciones (dadas por el ambiente intelectual de la época en que vivió), una figura gigante de la ciencia cordobesa y de la ciencia española, porque ningún aspecto de la vida, no hablemos de la ciencia, le

fue ajeno. Antonio Carbonell era un señor, un señor de derechas, pero no un señorito de derechas. Con su figura atlética, su mirada caladora, su dinámica esencial, era un hombre que fascinaba. En las umbrías del Guadalbarbo, en el mes de agosto y en un viejo cortijo, maravillaba con su conversación, cuando desnudo por la calígene y bebiendo amplios vasos de coñac, explicaba los derroteros del carbón, las hoces del glaciario que horadaron la Meseta hacia la falla del Guadalquivir, o bien las teorías de Suess sobre la deriva de los continentes o con sabiduría que recordaba a los hombres del Renacimiento, una notable descripción, también al desnudo, de una amable y bella prostituta cordobesa. Yo me acordaba de Vasari, un Vasari vivo en la época de los años cuarenta y cincuenta, cuando la miseria intelectual y humana de la España de entonces, hacía brillar tales «spécimen» de hombres. Porque, Antonio Carbonell, pronto tomó partido entre las dos facciones antitéticas de la guerra. El no podía ya luchar con las armas, y dignamente, en su bando, luchó con la inteligencia. Luchó por dar a conocer a Córdoba, sus recursos, sus aguas, sus minas, sus suelos, con un ansia renovadora digna de mejor causa, porque él acumuló cientos de informes, fruto de su gigantesca erudición sobre el ámbito provincial, pero lo hizo en aquellos años cuando no se estimaba, en absoluto, ninguna labor inteligente. Cientos de informes, cuyos títulos tenemos, son inencontrables actualmente, porque fueron destinados, como papel viejo, para la fabricación de pasta de papel o sencillamente, al basurero general. Así se estimaba un esfuerzo intelectual por levantar la categoría científica del bando vencedor, del suyo propio, tan necesitado de él.

Pero, aún, a pesar de esto, son tan numerosos los trabajos del geólogo, publicados en libros, revistas y periódicos, que se impone (si de verdad se quiere conocer la provincia), una publicación del conjunto de su obra. Y esta es, aparte de su obra, la tarea de recopilación bibliográfica documental, que se ha impuesto Rafael Hernando Luna. Su trabajo sobre las fuentes bibliográficas de la Geología cordobesa, ha sido una de las obras más útiles, para transformar, en la actualidad, la investigación minera española. Porque Hernando ha bebido en los mismos cauces del agua limpia y cristalina, que, hoy, hay que buscar en las más apartadas soledades de la provincia, como en las que bebió Carbonell, en un peregrinaje que duró una vida. Ya dijimos, al principio, el papel del músculo, del esfuerzo y del trabajo, en la investigación de campo, por las más insólitas comarcas de Córdoba. No dejar ni un rincón que se nos escape, ni encima ni debajo de la tierra y nada le era ajeno a Antonio

Carbonell, como nada le es ajeno a Rafael Hernando. Antonio Carbonell se anticipó a los estudios europeos por lo que iba a transformar la estructura de los poderes del mundo, con el descubrimiento del uranio y de los minerales estratégicos. Hoy que tanto se habla del cementerio atómico, de la Sierra Albarrana, ignoramos que los hombres que trabajaron allí, están, algunos, entre nosotros, Rafael Hernando, vivo, y Antonio Carbonell en pétreo monumento. Hoy, cuando recibimos a Rafael Hernando, como cuando recibimos al maestro de la Geología cordobesa, Antonio Carbonell, no puedo dejar de recordar a otro geólogo, que sin ser cordobés, amó y estudió la tierra de Córdoba, también con trabajos de altura intelectual y científica. Me refiero a Juan Carandell, profesor mío, que desde, casi yo niño, me enseñó que la ciencia está hecha de verdad, de seriedad y de método. Como con Antonio Carbonell, mis conversaciones, mis excursiones estaban ligadas al arte, a la belleza. Porque belleza era el paisaje, belleza era la vorágine geológica y belleza era su conversación. Hoy es fácil, en los tiempos actuales, de politicismos y folklorismos, llegar a una actitud de olvido de los grandes hombres, por el mero hecho de que no son jóvenes, con esa petulancia que la juventud actual tiene, sin darse cuenta, de que la única verdad irrefutable es que ellos llegarán a viejos también. Así olvidamos pintores como Antonio del Castillo, olvidamos a Ricardo Molina, cuando sabemos que esos valores son difíciles de encontrar en la actualidad junto a una cultura de «espuma», frívola y ligera, que está llenando a Andalucía de firmas de un catetismo cantonal. No, no nos alejamos de la democracia cuando buscamos afanosamente las figuras de «élite», que antes y ahora son de una autenticidad y altura indiscutible, figuras, no de la moda del momento, figuras y valores desde siempre. La civilización de la prisa tiene mucho de barbarie, una barbarie de robot y cerebros electrónicos, y hay que volver a lo humilde, metódico y efectivo. Vayamos, cada uno en nuestro oficio o investigación, pausadamente, como nos enseña Rafael Hernando con el ejemplo que ha propuesto. Y juntemos, hoy, dos homenajes: uno al ilustre académico que recibimos y otro, que celebraremos inmediatamente, a la insigne figura del padre de la Geología cordobesa, mi maestro y nuestro maestro: Antonio Carbonell y Trillo-Figueroa.